

extiende un paño delante para interceptar hasta su sombra. ¡Cuerno! qué mocito más pudoroso es este diablo de hidalguito; pero me es igual... Ea, hasta mañana.

Y diciendo esto y gruñendo entre dientes, entró en su cuarto, se desnudó, se acostó de muy mala gana, y soñó que Nanón había encontrado en su bolsillo el guantecito gris-perla del vizconde.

VIII

El cuarto con dos camas

El día siguiente estuvo Canolles de mejor humor aun que la vispera: el vizconde por su parte se entregaba también á una alegría más franca; y hasta el adusto Pompeyo se solazaba contando sus campañas á Castorín. Toda la mañana se pasó en chanzonetas de una y otra parte.

Mientras el desayuno, Canolles se escusó con el vizconde por tener que dejarle, según decía, para escribir una larga carta á uno de sus amigos que vivía allí cerca, y dijo además que tendría que hacer una vista á otro de sus amigos, cuya casa debía estar situada á tres ó cuatro leguas de Poitiers, casi á orillas del camino. Canolles se informó del paradero de este amigo, cuyo nombre dijo al posadero, y el cual le contestó, que poco más allá de la aldea de Jaulnay encontraría la casa de aquel amigo, y la reconocería por dos torrecillas. Entonces, como Castorín tenía que adelantarse á la pequeña caravana para llevar la carta, y como el mismo Canolles debía por su parte adelantarse también, suplicó al vizconde que designase con anticipación el punto adonde irían á dormir. El vizconde tendió la vista sobre un pequeño mapa que Pom-

peyo llevaba en su estuche, y propuso la aldea de Jaulnay. Canolles no hizo ninguna objeción, y llevó su perfi-dia hasta el punto de decir en alta voz :

— Pompeyo, si se os envía, como ayer, en calidad de aposentador, guardadme, si es posible, un cuarto junto al de vuestro amo, á fin de que podamos fácilmente hablar un poco.

El socarrón escudero trocó una mirada con el vizconde y se sonrió, determinado á no hacer nada de cuanto le decía Canolles. Castorin, que habia recibido sus instrucciones anticipadamente, vino á tomar la carta, y recibió orden de incorporarse en Jaulnay.

No fué necesario designar posada, pues no habia peligro de equivocarse, no teniendo Jaulnay otra que la del *Gran Carlos Martel*.

Pusieronse en camino, y á unos quinientos pasos de Poitiers, en cuyo pueblo habian comido, Castorin tomó un camino de travesía á la derecha. Caminaron aun poco más de dos horas, cuando Canolles reconociendo á su vez la casa de su amigo por las indicaciones tomadas, le mostró al vizconde, obtuvo su permiso, renovó á Pompeyo la recomendación de encargarse de su habitación, y tomó un camino de travesía á la izquierda.

El vizconde estaba ya completamente tranquilo : la escena de la vispera habia pasado desapercibida, y habia visto trascurrir el día sin la más ligera alusión; y por consiguiente no temiendo ya de parte de Canolles el menor obstáculo á su voluntad, desde el momento en que el barón vino á ser para él un simple compañero de viaje, bueno, alegre y espiritual, no deseaba otra cosa que terminar el viaje en su compañía. Así, pues, ya sea que el vizconde juzgase inútil la precaución, ora que no quisiese separarse de su escudero y quedar solo en el

camino, es lo cierto que Pompeyo no se adelantó como la tarde anterior.

Llegaron de noche á la aldea, en ocasión en que la lluvia caía á torrentes. Por fortuna encontraron una habitación bien caldeada. El vizconde, con el afán de mudarse de ropa, la tomó para sí, y encargó á Pompeyo que se ocupase de disponer el cuarto de Canolles.

— Ya está eso hecho, dijo el egoísta Pompeyo, ansioso de irse á acostar : la huéspeda ha prometido ocuparse de ello.

— Está bien. ¿ Mi neceser ?

— Ahí está.

— ¿ Mis perfumes ?

— Ahí están también.

— Gracias. ¿ En dónde dormís vos, Pompeyo ?

— Al extremo del corredor.

— ¿ Y si necesito llamar ?

— Aquí tenéis una campanilla : la huéspeda vendrá.

— Basta. — Cierra bien esta puerta, ¿ eh ?

— Su merced puede verlo.

— ¿ No tiene cerrojos !

— No, pero tiene una buena cerradura.

— Bueno. Me encerraré bien. — ¿ No hay otra entrada ?

— No, que yo sepa. Y tomando Pompeyo una bujía dió vuelta á la sala.

— Mirad si son firmes las ventanas.

— Tienen echadas las aldabas.

— Bien. Adiós, Pompeyo.

Pompeyo salió y el vizconde dió vuelta á la llave.

Una hora después, Castorin, que habia llegado á la posada el primero, y ocupaba el cuarto inmediato al de

Pompeyo sin que éste lo supiese, salió de él de puntillas y fué á abrir la puerta á Canolles.

Éste, con el corazón palpitando, se entró silenciosamente en la posada, dejando á cargo de Castorin el cuidado de cerrar la puerta, hizo que le mostrasen la habitación del vizconde, y subió.

El vizconde iba á meterse en la cama, cuando sintió pasos en el corredor.

Como ha podido observarse ya, el vizconde era bastante miedoso; así, pues, estos pasos le hicieron estremecer y se puso á escuchar con atención.

Los pasos se detuvieron delante de su puerta.

Pasado un segundo sintió llamar.

— ¿Quién está ahí? preguntó una voz tan aterrada, que no hubiera Canolles reconocido su acento, á no haber tenido ya muchas veces ocasión de estudiar las variaciones de aquella voz.

— ¡Yo! dijo Canolles.

— ¿Cómo vos? repuso la voz pasando del miedo al espanto.

— Sí. Figuraos, mi amigo, que no hay donde quedarse, no se encuentra un solo cuarto desocupado en toda la posada. Vuestro imbécil de Pompeyo no se ha acordado de mí. No hay en toda la aldea más posada que ésta; y como vuestro cuarto tiene dos camas.....

El vizconde tendió con terror la vista sobre los dos lechos gemelos colocados uno enfrente de otro en su alcoba, y separados por una tabla solamente.

— ¡Pues bien! ya comprendéis, continuó Canolles, que vengo á reclamar una. Abridme pronto, por piedad, que me muero de frío.

Oyóse entonces dentro de la sala mucho ruido como de

guitar muebles de en medio, el roce de vestidos y pasos precipitados.

— Sí, sí, barón, dijo la voz cada vez más azorada del vizconde; sí, ya voy; voy corriendo.

— Estoy esperando; pero por favor, querido amigo, daos prisa, si no queréis encontrarme helado.

— Disimulad; pero estaba ya durmiendo, y por eso.....

— ¿Sí? Pues me parecía que teníais luz.

— No: os habéis equivocado.

Acto continuo se apagó la luz: Canolles no volvió á suplicar.

— Ya voy... No encuentro la puerta, dijo el vizconde.

— Lo creo, contestó Canolles. Vuestra voz suena en el otro extremo de la sala... Por aquí.....

— ¡Ah! Es que ando buscando la campanilla para llamar á Pompeyo.

— Pompeyo está al otro extremo del corredor, y no os puede oír. Yo he procurado despertarle para advertirle de su descuido; pero ¡quia! imposible. Está dormido como un lirón.

— Entonces llamaré á la huéspeda.

— ¡Bah! La huéspeda ha cedido su cama á un viajero, y se ha ido á acostar al granero. No puede venir nadie, querido. Además, ¿para qué es llamar gente? Yo no necesito á nadie.

— Pero, ¿y yo?

— Vos me abris la puerta, que os lo agradeceré mucho, busco á tientas mi cama, me acuesto, y negocio concluido. Abridme, por Dios.

— Pero, en fin, dijo desesperado el vizconde, debe haber algunas habitaciones, aunque sea sin camas. Es imposible que no haya otro cuarto desocupado: llamemos y se verá allí.....

— Pero, querido vizconde, si han dado ya las diez y media. Vais á alborotar toda la posada ; se creerá que se ha pegado fuego á la casa, y este suceso va á hacer que nadie pueda dormir en toda la noche, lo que sería una triste gracia, porque yo me muero de sueño.

Estas últimas palabras parecieron tranquilizar un poco al vizconde. No tardaron en sentirse unos pasitos leves cerca de la puerta, que se abrió en seguida.

Canolles entró y cerró tras de si la puerta. El vizconde, después de abrir, se había alejado precipitadamente.

Entonces el barón se encontró en una habitación casi á oscuras, porque los últimos tizones del hogar, próximos á extinguirse, despedían una luz muy escasa. La atmósfera era tibia y perfumada por todos esos olores que anuncian la más exquisita y esmerada atención de tocador.

— ¡ Ah ! ¡ Gracias, vizconde ! dijo Canolles, porque es lo cierto que se está mejor aquí que no en el corredor.

— ¿ Deseáis dormir, barón ? dijo el vizconde.

— ¡ Si, ciertamente ! Decidme dónde está mi cama, vos que conocéis mejor que yo el aposento, ó dejadme encender la bujía.

— ¡ No, no, es inútil ! dijo el vizconde con viveza. Vuestra cama está aquí, á la izquierda.

Como la izquierda del vizconde era la derecha del barón, éste se dirigió á la derecha, y encontró una ventana, junto á esta ventana una mesita, y sobre ella la campanilla que con tanto afán había buscado el vizconde. Se metió la campanilla en el bolsillo, por lo que pudiera ocurrir.

— ¿ Pero qué hacéis ? exclamó. Vamos, vizconde, estamos jugando á la gallina ciega, y á lo menos deberíais gritarme *cú-cú*. ¿ Pero qué diablos rebuscáis así á oscuras ?

— Buseo la campanilla para llamar á Pompeyo.

— ¿ Para qué diablos queréis á Pompeyo ?

— Quiero... quiero que haga una cama junto á la mía.

— ¿ Para quién ?

— Para él.

— ¡ Para él !... ¿ Qué estáis ahí diciendo, vizconde ?...

¡ Lacayos en vuestra habitación ! ¡ Vamos ! estoy conociendo que tenéis costumbres de una niña tímida. ¡ Quita... quita !... Somos ya bastante crecidos para defendernos nosotros mismos. No : dadme solamente la mano y guiadme hacia mi cama, que no acierto á encontrar por más que hago... ó si no... encenderemos la bujía.

— ¡ No, no, no ! gritó el vizconde.

— Pues ya que no queréis darme la mano, deberíais á lo menos echarme la punta de un hilo, porque estoy en un verdadero laberinto.

Adelantóse con los brazos abiertos hacia el lado en que había sentido la voz ; pero vió deslizarse por junto á él como una sombra, y sintió pasar una cosa parecida á un perfume. Entonces cerró los brazos ; pero semejante al Orfeo de Virgilio, no abrazó más que el aire.

— Ahí, ahí, dijo el vizconde desde el otro extremo de la habitación ; estáis tocando casi á vuestra cama.

— ¿Cuál de las dos es la mía ?

— ¡ Cualquiera ! Yo no me acostaré ya.

— ¿ Cómo ! ¿ No os acostáis ya ? dijo Canolles, volviéndose al escuchar esta palabra imprudente. ¿ Y qué vais á hacer ?

— Pasaré la noche en una silla.

— Vamos, dijo Canolles, era necesario que yo quisiera sufrir semejante niñería. ¡ Venid, vizconde, venid !

Y Canolles, guiado por un último destello de luz que

se desprendió del fogón, extinguiéndose en seguida, percibió al vizconde envuelto en su capa, y acurrucado en un ángulo entre la ventana y la cómoda.

Este destello no fué más que un relámpago, pero bastó para guiar al barón y hacer comprender al vizconde que estaba perdido. Canolles se dirigió derecho hacia él con los brazos extendidos; y aunque el cuarto había vuelto á quedar en la más profunda oscuridad, el pobre vizconde comprendió que esta vez no escaparía de las manos de su perseguidor.

— ¡ Barón ! barón ! balbuceó el joven, os suplico que no deis un paso más. No os mováis de ahí, barón ; si sois noble, no avancéis más.

Canolles se detuvo tan cerca del vizconde, que oía latir su corazón, y sentía el templado vapor de su aliento agitado. Al mismo tiempo pareció envolverle un perfume delicioso, embriagador, compuesto de todas las emanaciones que exhalan la juventud y la belleza, perfume mil veces más delicado que el de las flores, robándole toda posibilidad de obedecer al vizconde, aunque lo hubiera deseado hacer.

Sin embargo, permaneció un momento en su puesto con las manos extendidas hacia aquellas manos que le rechazaban adelantándose también, y conociendo que sólo faltaba hacer un pequeño movimiento para tocar aquel cuerpo delicioso, cuya esbelta flexibilidad había tenido ocasión de observar tantas veces durante dos días.

— ¡ Favor, favor ! murmuró el vizconde con una voz en que se empezaba á sentir mezclado al terror, cierto viso voluptuoso. ¡ Piedad ! y la voz expiró en sus labios. Canolles sintió aquel cuerpo delicado deslizarse sobre el enlosado y caer de rodillas.

Su pecho se dilató : en la voz que suplicaba había un

acento que le hizo comprender que estaba ya su adversario medio rendido.

Dió, pues, un paso más, extendió las manos, y tocó, juntas en ademán de súplica, las del joven, que no teniendo ya ni aun fuerza para lanzar un grito, dejó sentir un suspiro casi doloroso.

De pronto se oyó bajo la ventana el galope de un caballo, y no tardaron en oirse golpes precipitados á la puerta de la posada. Estos golpes fueron seguidos de gritos y rumores, repitiéndose alternativamente las voces y los golpes.

— ¿ El señor barón de Canolles ? gritaba la voz.

— ¡ Oh ! ¡ Gracias, Dios mío ! me he salvado, murmuró el joven.

— ¡ Mal tabardillo contra ese animal ! dijo Canolles. ¿ No podía venir mañana por la mañana ?

— ¡ El señor barón de Canolles ! gritaba la voz ; ¡ el señor barón de Canolles ! es necesario que le hable ahora mismo.

— Veamos : ¿ qué hay ? preguntó el barón, dando un paso atrás.

— Señor, señor, dijo Castorin á la puerta, preguntan por vos... se os busca.

— ¿ Pero quién ? ¡ Canalla !

— Un correo.

— ¿ De parte de quién ?

— De parte del señor duque de Epernon.

— ¿ Y qué me quiere ?

— Asunto del real servicio.

Á esta palabra mágica, que era preciso obedecer, abrió Canolles la puerta renegando, y bajó la escalera.

En este momento se oía roncar á Pompeyo.

El correo había ya entrado, y esperaba en una sala

baja, Canolles fué á buscarle, y leyó palideciendo la carta de Nanón; este correo había partido cerca de diez horas después de Canolles, y no había podido darle alcance, á pesar de toda su diligencia, hasta la segunda parada.

Algunas preguntas satisfechas por el mensajero no le dejaron duda á Canolles de la necesidad de hacer con prontitud el encargo que se le cometa. Leyó por segunda vez la carta, y la fórmula de *vuestra buena hermana* Nanón, y le hizo comprender lo que había pasado, es decir, que la señorita de Lartigues se había sincerado haciéndole pasar por su hermano.

Canolles le había oído hablar á Nanón muchas veces en términos poco satisfactorios de aquel hermano, cuyo puesto había él tomado; lo que no contribuyó poco al disgusto con que se prestaba á obedecer el mandato del duque.

— Está bien, dijo al mensajero, sin dar su crédito por él en la posada, ni ponerle su bolsa en las manos, cosa que no habría dejado de hacer en cualquiera otra ocasión. Está bien; decid á vuestro amo que me habéis alcanzado, y que he obedecido en el mismo instante.

— Y á la señorita de Lartigues, ¿no le digo nada?

— Sí: decidle que su hermano aprecia el sentimiento que la ha impulsado á obrar, y que le estoy agradecido.

— Castorin, ensillad los caballos.

Y sin decir nada más al mensajero, que quedó absorto con tan áspero recibimiento, Canolles subió de nuevo á la habitación del vizconde, y le encontró pálido, temblando y vestido ya. Dos bujías ardían sobre la chimenea.

Canolles dirigió la vista con muestras de profundo pesar sobre aquella alcoba, y especialmente sobre las dos camas iguales, una de las cuales mostraba los indi-

cios de una presión corta y ligera. El vizconde siguió aquella mirada con un sentimiento de pudor, que le hizo salir los colores á sus mejillas.

— Congratulaos, vizconde, dijo Canolles; ya estáis desembarazado de mí por todo el resto del viaje, pues parto en posta por el servicio del rey.

— ¿Y cuándo? preguntó el joven con voz aun poco tranquila.

— Ahora mismo. Voy á Mantes, donde, según parece, está la corte.

— ¡Id con Dios! pudo apenas responder el vizconde, dejándose caer sobre una silla sin atreverse á alzar los ojos hacía su compañero.

Canolles dió un paso hacia él.

— Es probable que no os vuelva á ver más, dijo éste con voz llena de emoción.

— ¿Quién sabe? dijo el vizconde probando á sonreír.

— Prometed sólo una cosa á un hombre que guardará eternamente vuestro recuerdo, dijo Canolles llevando la mano sobre su corazón, con una armonía de voz y acción que no dejaba dudar de su sinceridad.

— ¿Cuál?

— Que pensaréis alguna vez en él.

— Os lo prometo.

— Pero... sin ira.....

— Si.....

— Una prueba que corrobore esta promesa, dijo Canolles.

El vizconde le tendió la mano.

Canolles tomó aquella mano trémula, sin otra intención que de estrecharla entre las suyas; mas por un

movimiento más poderoso que su voluntad, la oprimió ardientemente con sus labios, y salió precipitadamente de la habitación murmurando :

— ¡ Ah ! ; Nanón ! ; Nanón ! ; Nunca podrás indemnizarme de lo que me haces perder !

IX

Las dos princesas

Acompañemos ahora á las princesas de la casa de Condé en el destierro de Chantilly, que Richón pintó al vizconde con tan pavorosos colores.

Bajo de hermosas calles de castaños salpicados de una nevada de flores sobre alfombras de blando césped que se extiende hasta unos azulados estanques, se agita sin cesar una turba de paseantes, que rien, platican y cantan. De trecho en trecho en medio de los arbustos se ven perdidas entre olas de verdor algunas personas leyendo, de quienes no se vé distintamente más que la página blanca que devoran, y que regularmente pertenece bien á la *Cleopatra* del señor la Calprenede, bien á la *Astrea* del señor d'Urfé, ó bien al *Gran Ciro* de la señorita de Scudery : en el fondo de las bóvedas de madre selva y clemátida, se oyen los sonidos acordes de los laúdes y el canto de voces invisibles. Últimamente, por la gran calle que conduce al castillo, se vé pasar de tiempo en tiempo con la rápidez del relámpago, un caballero que conduce una orden con urgencia.

Entretanto tres mujeres vestidas de raso, seguidas á cierta distancia por escuderos mudos y respetuosos, se pasean por el terraplén con gravedad y ademanes llenos de ceremonia y majestad : la de en medio es una señora